

> ARTIGOS

Marta Gerez-Ambertin

Entre pasaje al acto y acting-out

Desde la presentación de un caso clínico, el trabajo interroga los avatares de la dirección de la cura cuando la misma se ve asediada por el pasaje al acto y el acting-out.

Se destacan, desde la lógica del procedimiento del caso, los caminos seguidos, aquellos que fueron desechados y las consecuencias que se han producido en un análisis. Se enfatiza la posición subjetiva de la analizante como neurótica y se deshecha su ubicación como melancólica, teniendo en cuenta las respuestas a la transferencia, a la vez que se demuestra el trabajo realizado para separar el acoplamiento del deseo del Otro con el mandato superyoico.

- > Palabras claves: Pasaje al acto, acting out, neurosis melancolizada, síntoma, superyó transferencia

This paper uses a clinical case to discuss the direction of the treatment when the treatment involves passage to the act and acting out. Based on the logic of progress of the case, the author stresses the paths that were followed, those that were undone, and the consequences that were produced in analysis.

The patient's subjective position is seen as neurotic and her situation as melancholic is undone. The efforts at separating the bond between the desire of the Other and the superego's demands are described.

- > Key words: Passage to the act, acting out, melancholized neurosis, symptom, superego, transference

Si el pasaje al acto, es, en la regla del análisis, lo que se pide evitar a aquel que entra allí, lo es justamente para privilegiar ese lugar del acting, cuya carga el analista, por sí solo, toma y guarda.

(Lacan, Sem. XVI, 4/5/69).

DE LA LETRA A LA ESCRITURA EN UN CASO CLÍNICO

Es mi propósito, a través de la presentación de un caso, interrogar las dificultades que se presentan en la clínica psicoanalítica cuando, en el comienzo mismo de un análisis, no es el inconsciente y sus formaciones — esto es, el orden de la escritura — lo que se instala, sino la insistencia de la letra; y cuáles las alternativas para que "la letra haga litoral entre el saber y el goce" (Lacan, Sem. XVIII. 10/3/71). Si la letra insiste, se complica severamente la dirección de la cura en la neurosis donde es esperable que la letra tome la dimensión de objeto causa para que el deseo inconsciente, en tanto in-satisfecho, haga sustitución y escritura. Tornándose persistente la letra, *ello* y *superyó* invitan, desde el circuito pulsional, a transitar por peligrosos derroteros pues alguien que se pertrecha insistentemente en la letra puede estar atravesando "un golpe de locura" (Chauvelot, 1976) en la neurosis, o bien, estar ubicado fuera de ella.

Sobre esa dificultad indagaremos a partir de un caso clínico, y daremos cuenta de los resultados obtenidos a partir de las respuestas de la transferencia. Entendemos que es posible que la letra encuentre bordes aun cuando persista en constituirse como "la-Cosa que a-cosa" (Lacan, Sem. XVIII. 10/3/71). Vicisitudes en una cura o en un tratamiento posible; enigmas en torno a una posición de la paciente dentro de una neurosis melancolizada o una melancolía, recursos del sujeto y de la escucha; escucha analítica para no retroceder ante el deseo del analista puesto en cuestión... aun donde lo fenomenológico invita a *desistir*.

EL CASO CLÍNICO EN PSICANÁLISIS

El caso se presenta en psicoanálisis cuando es posible la creación de una metáfora hecha escritura; escritura que no sólo implica la posibilidad de lograr un nivel de complejidad que dé cuenta de la lógica del caso elevado a la dimensión de paradigma, sino también, un legado a todos aquellos que, interrogados por la investigación en la clínica psicoanalítica, encuentran en su exposición un campo fructífero para debatir, desde las respuestas o desde las refutaciones, y esto porque, al decir de Lacan: "Sólo sobre la base de los hechos clínicos puede ser fecunda la discusión (en psicoanálisis)" (Lacan, 1958, p. 666).

Una dificultad se cierne sobre toda presentación: es preciso aunar la lógica del procedimiento y, al mismo tiempo, preservar la privacidad y anonimato del analizando. Por eso, sólo destacaremos aquello que contribuya a demostrar cuáles han sido los caminos seguidos, cuáles los desechados y cuáles las consecuencias que se han producido en un análisis.

PASAJES AL ACTO: LA LETRA "ARROJADA"

María llega a consulta luego de tres infructuosos intentos de análisis o psicoterapias caracterizados, cada uno de ellos, por un trágico fin: "intento de suicidio", dijeron. Luego de la interrupción del primero se *arrojó* por la puerta trasera de un transporte colectivo en movimiento; luego del segundo se *arrojó* por la abertura del ascensor; luego del tercero se *arrojó* desde las escaleras de una confitería. De cada uno de esos "*arrojos*" obtuvo severas fracturas y daños corporales, algunos de los cuales dejaron sus marcas.

Sus familiares, los psicoanalistas, terapeu-

tas y psiquiatras que visitó, atribuyeron, sin dudar, tanto los padecimientos como los extravagantes actos de "arrojo", a su melancolía. Así, el chaleco químico que supuestamente debía contenerla, se basaba en antidepresivos.

Prefiero, de estos episodios – verdaderos "pasajes al acto" –, destacar ese "arrojarse al vacío" que extrañamente se producía luego de un abandono intempestivo de los tratamientos. Al respecto, era preciso indagar qué incidía en ella para quedar en posición de *objeto deyectado*, expulsada del deseo del Otro. La evasión de la escena no es sino una respuesta que la separa de la cadena significante y desestabiliza severamente su posición subjetiva.

Curiosamente, y pese a negarse por más de tres años a intentar una nueva consulta "psi", la conversación con un kinesiólogo, la anima a visitarme.

En las primeras entrevistas se presenta con una agobiante tristeza, marcada inhibición, autoimputaciones de insignificancia, culpabilidad más que excesiva y autorreproches por vivir como un desecho y haber dejado tan "mal parados a los terapeutas que intentaron su cura tras ímprobos esfuerzos". Su mortificación es desbordante. Pero nada de esto – más fenomenológico que estructural – aseguraba un padecimiento de orden melancólico. Por ese entonces avizoré que su hiperculpabilidad remitía a un goce muy obscuro: el Otro quedaba siempre en una posición de "incompetencia". Además, en cuanto al autorreproche – ese saber que no puede configurarse en verdad –, arriesgué dos estrategias para convocar al advenimiento de una "posible" transferencia: ni demostré "competencia" – sólo le ofrecí un lugar de testimonio –; ni forcé la apari-

ción de alguna verdad del lado del autorreproche.

Con estos difíciles antecedentes comencé, con extrema cautela, a trabajar con María. Lentamente un lazo transferencial se instauraba: después de casi un primer año de entrevistas empezó a abandonar los antidepresivos. Al final, solo tomaba algunos hipnóticos para combatir ocasionales insomnios. Persistían, empero, la tristeza, la tendencia anoréxica, la adicción a los autorreproches, junto a la insinuación de algunas quejas por la "incompetencia" de la analista – viraje creativo del autorreproche hacia el reproche al Otro – y una intermitente molestia por la gran dispersión y torpeza que la perturbaban e impedían realizar con cierta sistematicidad alguna actividad en la vida. Habiendo abandonado los estudios universitarios y su trabajo, vivía "enclaustrada".

En el segundo año de análisis, y como un monotema, porfiaba en narrarme con minuciosidad extrema las características del colegio de monjas – de una ciudad cercana – en el que había estado internada durante su escuela primaria y secundaria. Insistía en lo inhóspito y amenazante del lugar. Reconocía que se había dedicado en exclusividad a estos relatos "morbosos" en sus tratamientos anteriores y que los terapeutas se habían manifestado excesivamente interesados en ellos.

Dejé pasar cada una de sus insistencias relacionadas con el "monotema" con una escucha atenta – aunque sin interrogarla demasiado – para interesarme luego por detalles de su vida cotidiana del presente. Tenía el propósito de convocar algún orden significante que la representa-

ra y le ofreciera un ancla a su persistente dispersión y al hueco de su existencia que tomaba expresión en la tristeza que la embargaba. Por lo demás, lo compulsivo de aquel relato convocado por cierto oscuro goce, advertía sobre lo inoportuno de abordarlo en ese momento del análisis.

No contando con la apoyatura del síntoma para acceder al fantasma, la distancia de María con el objeto *a* era sumamente precaria, por tanto, no había llegado aún el momento de transitar por allí. Sin embargo, algo que hubiera sido preciso abordar se evadió. Desfallecimiento de la escucha y defecto de articulación simbólica en el lugar del Otro.

Intempestivamente surgió la coacción de repetición: debía regresar al colegio de monjas, viajar a la tan mentada ciudad e ingresar en el que había sido por años su segundo hogar del cual, paradójicamente, se había sentido "expulsada (pero, a la vez) refugiada" durante la infancia y adolescencia. Un lugar en el que quería "fisgonear", y solicitar alguna "documentación" que diera cuenta de sus enfermedades.

Llegada al colegio, a la tremenda angustia se suma la certeza de la imposibilidad de volver atrás, de renunciar a esa "horrible empresa". En el tercer piso, lugar vacío y resbaladizo, se encuentra con el gran balcón de arcos y siente vértigo. Escapa como una delincuente, no puede hablar con nadie y mucho menos pedir documentación alguna.

Antes de salir de aquella ciudad llama por teléfono solicitando una sesión. Dirá luego que necesitaba escuchar de alguien las palabras que le aseguraran que el tránsito de una ciudad a otra no sería necesari-

amente "fatal". En la ruta de regreso uno de los puentes tiene arcos lo cual le provoca una vertiginosa atracción.

Relatará, no sin angustia, su escabroso itinerario, la irrefrenable compulsión y, por primera vez, se interrogará por los riesgos de su acto: durante el viaje de retorno había fantaseado nuevamente con "arrojarse"; pero, agregaba, "alguien me esperaba y quería hablar de una vez por todas de esto que me lanza fuera de mí". Pudo, luego de este extraño y no menos arriesgado *acting out*, asociar y trazar nexos que abrían algunas pistas pero... ¿convenía avanzar?... ¿hacia dónde conduciría un camino abierto de ese modo? ¿propiciaría alguna verdad al saber, o desencadenaría, nuevamente, esa ostentosa compulsión que la reducía a la posición de cabal objeto cedible: "arrojada" – "expulsada"?

Si eso que ella daba a ver con ostentación permitía reconducir el análisis era preciso sostener el lugar del Otro tras la procura de lo que su movimiento mostraba, reconociendo que el *acting out* comporta siempre un elemento signifiante evasivo; tan evasivo que corre el riesgo de ser abolido.

POR LOS TRAZOS DEL SIGNIFICANTE: MITO Y SÍNTOMAS

El perentorio viaje al colegio de monjas y la búsqueda de documentación que testimoniará sobre sus padecimientos y enfermedades no era sino un intento peligroso – pero intento al fin – de hacer un llamado y anudarse de modo diferente al deseo del Otro; pero demuestra lo difícil que es hacer un seguimiento cabal de los tiempos de lo simbólico y los tiempos de lo real en la escucha analítica.

Habiendo verificado el vacío de un balcón que tanto la convocaba, puede rescatar y rememorar en análisis un mito que circulaba en aquella ciudad en la época de su infancia: desde ese balcón se arrojaban las niñas B.B. (bobas) del Colegio. Esto le sirve de soporte para indagar qué la había salvado de caer al vacío, qué testimonios había sobre su historia y su vida; de su vida ligada al deseo del Otro, se entiende. ¿No es acaso la documentación que buscaba en el libro — de la deuda del Otro — el testimonio que procura? La respuesta, la interpretación que forzaba a producir desde el *acting*, sólo advino luego de desandar caminos colaterales al mismo y siguiendo los trazados de las formaciones sintomáticas.

A pesar de los antecedentes, el trabajo analítico con María iba tornándose posible. La transferencia y la producción de sus síntomas indicaban que podía rechazarse la presunción de una posición subjetiva melancólica ya que tenía recursos para acotar — en transferencia — su goce mortificante. Como neurótica le era posible "reconocerse en el inconsciente" (Lacan, 1977, p. 107).

Después del *acting* produce un variado ramillete de síntomas: estados de vértigo que, poco a poco, se aplacaron y fueron manifestándose, residualmente, en un intermitente temblor. Éste, pese a la angustia concomitante, también producía interrogantes y respuestas: ¿de qué lado quedaría en la vida: siempre tambaleándose, como una cosa expulsada, siempre ajena; o con un lugar a conquistar? Solía agregar, no sin humor, "tambalearse no es caerse".

Los temblores, que en un principio se producían en cualquier lugar que estuvie-

ra, paulatinamente surgían sólo durante las sesiones y mantenían una relación de proporción inversa con su tristeza: a medida que la producción sintomática se acentuaba, la tristeza y la anorexia decrecían.

Apoyándose en la formación de síntomas fue posible ampliar lo que había comenzado a interrogar de su historia. Logra rememorar algunos de los testimonios que buscaba.

María había sido llevada a ese colegio de monjas luego del restablecimiento de un accidente infantil que casi la precipita en la muerte. Vivió su internado como una continuación de la "opresión y extrañamiento" experimentados durante la convalecencia; no sólo por el aislamiento al que había sido sometida, sino también por los aparatos en los que había sido colocada. Por otra parte, nunca se supo cómo ni qué la curó, ella era una "sobreviviente recuperada". Experimentó como inexplicable tanto el quehacer médico como el de sus padres, quienes inmediatamente de recuperada la internan en el colegio de monjas.

Quizás el balcón de grandes arcos del colegio le permitía vislumbrar el lugar que tenía en el deseo de sus padres y que hasta ahora no había podido interrogar sino vía el pasaje al acto y el *acting*. Anheló de expulsión supuesto al Otro: si ella se recupera el Otro la expulsa de su deseo.

Avanzando en el análisis comienza a encontrar síntomas que pacifican el goce automartirizante: primero vértigo, luego temblores y sudoración (transpirar como "un trapo de piso"). Cada uno de ellos, al menos, le permite interrogar el deseo del Otro. ¿Qué quiere el Otro de mí? ¿puede perderme? La incertidumbre de la res-

puesta la calma, y puede desechar la certeza que la precipita hacia lo real como objeto. La apelación al significante, vía el síntoma, pone límites a la letra. Antes sólo podía confrontarse al Otro como "desecho", punto en el que se la ubicaba como melancólica.

¿Qué de estos síntomas? ¿Llegaban a tener esa dimensión? ¿Se trataba de formaciones del inconsciente que podían acotar el goce? ¿Goce del síntoma o síntoma como mensaje al Otro? Me inclino por lo último. La letra había logrado cierto lugar entre saber y goce; algo de la letra comenzaba a producir escritura, y la sustitución propiciaba alternativas metafóricas, aun de esta estafalaria manera. Esos síntomas expresaban, desde un saber no sabido — y esto supone lo articulado del deseo inconsciente —, su posible lugar en la trama discursiva de la novela familiar.

A pesar del padecimiento los síntomas configuraban, en tanto formación sustituta, una coartada para trazar límites al goce del Otro: eso que se le imponía superyoicamente como "jarrojarse!" se acotaba y encontraba un tope.

Paulatinamente comienza a desplegar una versión de su historia que, lejos de producirle certezas, le suscita enigmas. Esos interrogantes le permiten levantar su inhibición al saber. Puede, asimismo, abandonar el autorreproche y trasladar la acusación a la zona del Otro.

Se preguntaba sobre la actuación, que calificaba de "inexplicable", de los médicos en el tratamiento del accidente sufrido en su infancia. Aunque el reproche que les dirigía no era sino una prolongación del que hacía a sus padres, los que — porfiaba — "la expulsan y condenan como inválida y perdida". No puede expli-

carse por qué la mandaron fuera de la familia — al colegio — y decidieron buscar otro hijo que se hizo otros: ¡mellizos!

El pasaje del autorreproche al reproche se acompañaba de ciertos recursos simbólicos: temblor y sudoración para acotar el goce de ser "pasada", "expulsada" desde el vacío del deseo del Otro. De ese modo, y al mismo tiempo, también exhibe la incompetencia de sus padres: tienen una hija incurable. Extraña estrategia de una neurosis melancolizada: muestra los defectos del Otro al precio de volverlos contra sí misma; sin embargo, por las huellas de su síntoma puede poner límites al goce mortificante.

Una vez que en análisis logró hacer circular los significantes de sus síntomas, fue recuperando los significantes abolidos en el *acting*. Pudo, *après coup*, rescatar de la escena sobre la escena un rasgo significativo, rasgo que ya es un enmarcamiento y un velamiento del fantasma que aún no estaba en condiciones de abordar. Poco a poco iban instaurándose algunos marcos que aseguraban alienación y separación.

María puede ir dando cuenta, tras el encadenamiento de sus asociaciones, de la captura de una identificación parcial y sintomática: "... la de B.B., boba, tonta, hueca, algo íntimamente mío". A pesar del *acting*, de la abrupta emergencia del deseo del Otro y de la estocada que recibe su fantasma, logra instalarse una respuesta que le otorga consistencia y le aporta un semblante. Respuesta del Otro, no por el camino de su falta sino de su presuposición. Suposición del deseo del Otro hecho rasgo significativo, al mismo tiempo que mandato superyoico.

Separar, en análisis, este acoplamiento llevó un tiempo prolongado.

Atisbar el deseo del Otro le confería la posibilidad de obtener una constancia en la variedad y variación del rasgo. Sin embargo, algo persistía en la dimensión de mandato: "¡B.B. — boba —!"

Frente al enigma: "¿qué me quiere el Otro?" acoplado al de: "¿puede perderme?" María encuentra una respuesta que pone límites al imperativo de ser "expulsada": me quiere B.B. (boba). Respuesta singular, sin duda, pero que enmascara. "¡Una boba!" como mandato condena, pero como rasgo auspicia la apertura de un entramado significativo que acota el goce del Otro. Respuesta a través de una posición melancolizante.

Los significantes "expulsada", "arrojada" y, aun, "recuperada", la representaban... pero muy precariamente. Esos significantes se hacen presente en su vida, pero en suspenso, sin abrochamiento. Es notorio que abandonaba sus tratamientos cuando se arañaba algo del fantasma, produciendo su desenmarcamiento y provocando el "pase al acto" hacia el vacío, el hueco del deseo del Otro: "caída", "arrojada", "expulsada".

Ahora, en cambio, había montado sus escenarios para dar a ver y hacer un llamado, sin precipitarse deyectada en lo real. El *acting out* — la escena del Colegio — se sostenía en coordenadas simbólico-imaginarias, a la vez que posibilitaba la alienación y separación con el Otro y el objeto *a*.

Interpretado en sesiones su extraño itinerario, esto es, llevado su movimiento a una posible escritura más allá de la letra, produjo como efecto un plus de verdad, y permitió acotar el goce vía el significante.

RECONOCIÉNDOSE EN EL INCONSCIENTE

Trabajar los síntomas producidos en análisis, apoyándose en los significantes amos que desplegaba en torno su matriz identificatoria, permitió avanzar en la trama discursiva de la novela familiar.

La constelación fantaseada de su historia comenzaba a desplegarse. Aparece en el discurso una nueva versión sobre los lazos familiares fundamentales que estructuraron la relación con sus padres. Trama edípica, al fin, que abona un mito familiar que se teje en torno a la mujer ideal del padre y al de "la otra mujer", lo cual inaugura una línea analítica más pacificante.

Aquella mujer — compañera de secundario del padre — había "*desaparecido*" durante la dictadura militar. Sabía que llevaba su nombre. Recordaba, además, que durante su adolescencia lo había visto varias veces contemplar con tristeza una foto que la incluía junto a los demás compañeros de colegio. María reconoce haber crecido como una sombra al lado de su padre en duelo, oprimida, a su vez, entre la imagen de su madre — ama de casa resignada, silenciosa e inútil — y de esa mujer desaparecida que había logrado concitar, la admiración, el amor de su padre. Por primera vez encontraba en el significante B.B., un punto de su verdad. El significante boba, desglosado como *B.B.*, la remitía a *N.N.*, asociado ahora no sólo al de desaparecida, sino también al de amada.

Desde el significante "B.B." deslizado al de "N.N.", y pese a la aparente precariedad de recursos, María consigue interrogar "*¿qué cosa es una mujer?*" Mediante el ardid de identificarse con *la Boba (B.B.)* logra tomar el rasgo de una mujer viva,

ya sea desvalorizada como su madre — la que no consigue obtener una mirada amorosa del esposo — ya sea como aquella mujer inolvidable y deseada por su padre — aunque desaparecida... *N.N.*

Recuperar el nombre de aquella mujer — de legendario pasado de valentía y erotismo — y confrontarlo con el propio la turba; pero esa construcción le permite abonar de otro modo su novela familiar. Por primera vez reconoce, tras la comunidad de los nombres y rasgos, un acto de amor paterno.

Trabajando, justamente, esta cuestión, comienza a traer a sesión ciertos sueños en los que, negociando desde el deseo inconsciente y el goce fálico, logra recrear un semblante que la representa en el mundo. De la "B.B." a la "N.N." o a "la amada", un significante consigue representarla y pone límites a su dispersión y torpeza. Tal mutación y permutación de los significantes no es sin consecuencias. Hay un viraje de su posición subjetiva que encuentra otros enmascaramientos para responder a los interrogantes sobre la feminidad. Por un efecto de torsión el significante "B.B." se desliza ahora hacia el de Brigitte Bardot, la "otra mujer" de todos los hombres.

A esta altura es preciso resaltar que el *acting*, mostrado con ostentación a su analista para desplegar lo que no se escuchaba tenía, en la revelación de un "resto", una limitación: lo que develaba de su matriz identificatoria ("B.B." — "N.N." / § ◇ a) se situaba en una letal proximidad al fantasma. Estimé que, en ese momento, avanzar por allí, aún no era conveniente.

PARA CONCLUIR

Más allá del "dolor moral" y la infinita tris-

teza que embargaban a María, las vicisitudes de un análisis, y lo que se logró escribir desde la letra, permiten desechar la posibilidad de una posición subjetiva melancólica.

Si un goce imperativo retorna donde el goce fálico desfallece por la irrupción obscena del superyó — "*jarrojarse!*" —, también ese goce imperativo obtiene un regateo ahí donde es posible instaurar la apelación al Otro. Es esto lo que da cuenta de su posición neurótica.

A pesar de sus insistentes pasajes al acto María pudo, en su trabajo analítico, "reconocerse en el inconsciente", lo que indica que no estaba desabonada de él. Su tristeza y pecado moral aseveraban que su posición subjetiva ante el deseo del Otro respondía a una neurosis que se melancolizaba allí donde se rasguñaban los pliegues del fantasma que aún precisaban recubrimiento... pero que hacen escritura.

Fue necesario avanzar un buen tiempo por las vías sustitutivas del síntoma y la dialéctica de las identificaciones. Así lo posibilitaba la lógica fálica a la que podía apelarse, en tanto sostenida por los significantes de los Nombres-del-Padre. Separó el mandato superyoico de los significantes que la representaban, ahora eslabonados en la cadena en relación al Otro. Si la *expulsada*, la *indocumentada*, la *boba*, había logrado poner un límite al imperativo superyoico, he aquí que un nuevo significante — vinculado a la mujer amada, pero desaparecida, y a la "otra mujer" de todos los hombres — le permitía romper con la inhibición al saber y abandonar los autorreproches: había conseguido documentarse. No sólo existía alguien que podía constituirse en su-

puesto saber, sino también un Otro a quien reprochar por las faltas ajenas que ya no estaba dispuesta a cargar contra y sobre sí. Finalmente, rechazaba hacerse cargo de los duelos del padre.

Su duelo por el objeto comenzaba a tramitarse, pero todavía quedaba un trabajo por advenir.

Las coartadas del síntoma se abrían, ahora, hacia el lado de sus estudios y sus nuevas relaciones con el mundo. Retomó la carrera universitaria que había abandonado y, en procura de nuevas causas en las cuales volcar sus reproches al Otro, adhirió a movimientos ecologistas. En esas vicisitudes es cuando comienza un lazo más estable con el otro sexo. Los interrogantes por lo que quiere una mujer la encaminan nuevamente hacia el fantasma, ahora con otros soportes, sin los ries-

gos de "arrojo" que durante tanto tiempo la habían asediado.

REFERENCIAS

CHAUVELOT, D. (1976). L'acting out réalisation d' une reponse, production de l' inconscient. In: *Lettres de l'Ecole Freudienne*, n. XIX, París.

LACAN, J. (1958). La significación del falo. In: *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1985.

_____ (1968-69). Seminário XVI. Inédito.

_____ (1971). Seminário XVIII. Inédito.

_____ (1977). *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*. Barcelona: Anagrama, 1980.

Artigo recebido em dezembro/2002

Aprovado para publicação em abril/2003

16 anos não é brincadeira!
***Pulsional Revista de Psicanálise* circula
no Brasil e no exterior, todo mês.
Faça agora sua assinatura.**

Livraria Pulsional – Centro de Psicanálise
Rua Dr. Homem de Mello, 446
05007-001 São Paulo, SP
Fonefax: (11) 3672-8345 . 3675-1190 . 3865-8950
e-mail: pulsionarevistas@uol.com.br